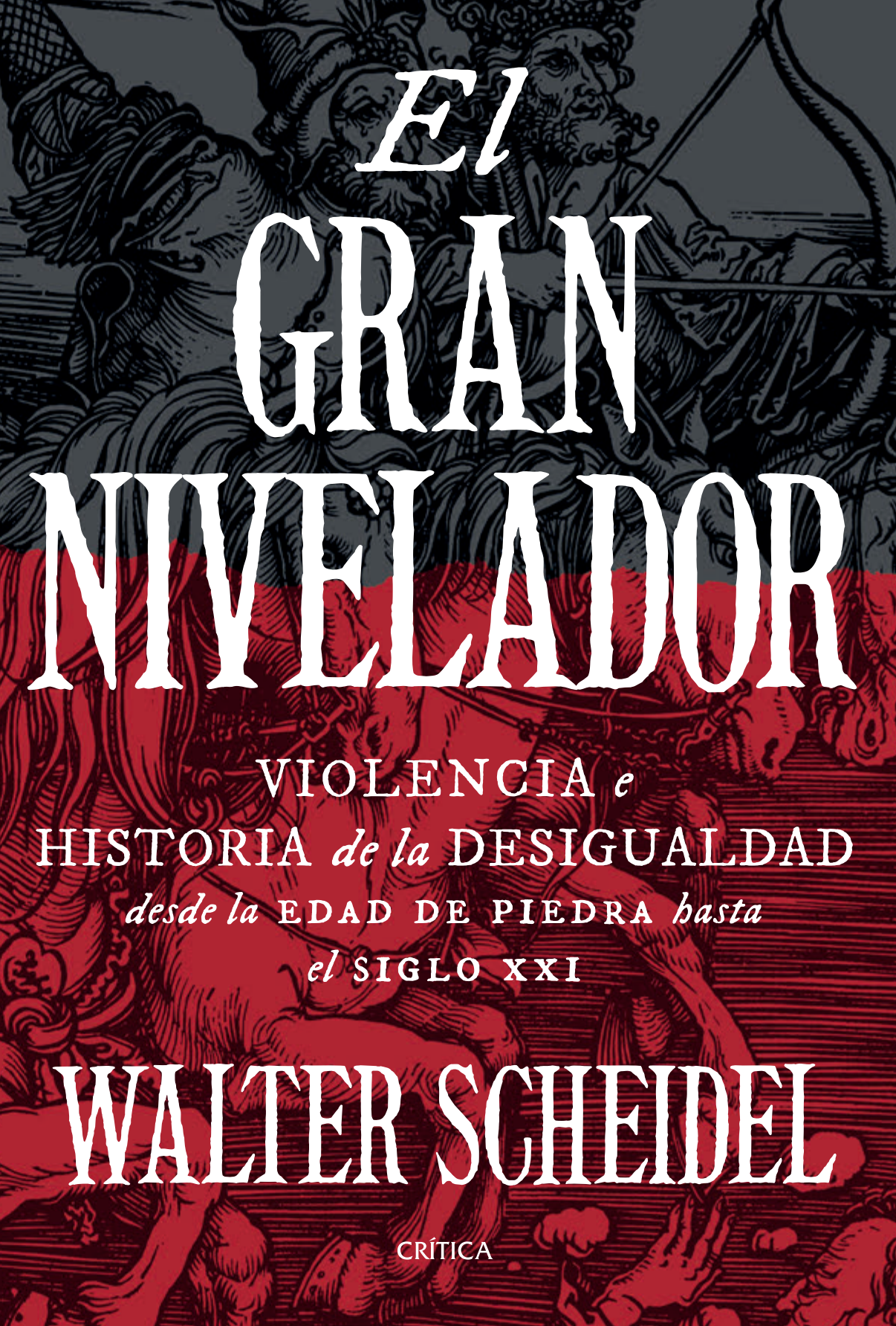




El GRAN NIVELADOR

VIOLENCIA *e*
HISTORIA *de la* DESIGUALDAD
desde la EDAD DE PIEDRA *hasta*
el SIGLO XXI

WALTER SCHEIDEL

CRÍTICA

WALTER SCHEIDEL

EL GRAN NIVELADOR

Violencia e historia de la desigualdad
desde la Edad de Piedra hasta el siglo XXI

Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2018

El gran nivelador
Walter Scheidel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Great Leveler*

© Princeton University Press, 2017

© de la traducción, Efrén del Valle, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-71-7

Depósito legal: B. 2761 - 2018

2018. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

<i>Lista de figuras y tablas</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	15
Introducción: El desafío de la desigualdad.	19

PRIMERA PARTE.

UNA BREVE HISTORIA DE LA DESIGUALDAD

1. El auge de la desigualdad	45
2. Imperios de la desigualdad	83
3. Arriba y abajo.	107

SEGUNDA PARTE. GUERRA

4. Guerra total.	135
5. La gran compresión	151
6. Guerra preindustrial y guerra civil	193

TERCERA PARTE. REVOLUCIÓN

7. Comunismo	231
8. Antes de Lenin	251

CUARTA PARTE. QUIEBRA

9. Estados fallidos y derrumbamiento de sistemas	277
--	-----

QUINTA PARTE. PLAGAS

10. La peste negra.	311
11. Pandemias, hambruna y guerra	335

SEXTA PARTE. ALTERNATIVAS

12. Reforma, recesión y representación	367
13. Desarrollo económico y educación	391
14. ¿Y si...? De la historia a la hipótesis.	413

SÉPTIMA PARTE. EL REGRESO DE LA DESIGUALDAD
Y EL FUTURO DE LA EQUIPARACIÓN

15. En nuestro tiempo.	429
16. ¿Qué nos depara el futuro?	447
Apéndice: Los límites de la desigualdad	467
<i>Notas</i>	479
<i>Bibliografía</i>	547
<i>Índice analítico</i>	605

Capítulo 1

EL AUGE DE LA DESIGUALDAD

IGUALACIÓN PRIMORDIAL

¿La desigualdad ha estado siempre con nosotros? Nuestros parientes no humanos más próximos en la actualidad, los grandes simios africanos —gorilas, chimpancés y bonobos— son criaturas extremadamente jerárquicas. Los gorilas macho adultos se dividen en unos pocos ejemplares dominantes con harenes de hembras y muchos otros que no poseen ningún consorte. Los espalda plateada no solo dominan a las hembras de su grupo, sino también a cualquier macho que siga con ellos después de alcanzar la madurez. Los chimpancés, sobre todo los machos, aunque no solo ellos, consumen ingentes cantidades de energía en rivalidades motivadas por cuestiones de estatus. Las muestras de acoso y dominación agresiva hallan su equivalente en una amplia variedad de conductas de sumisión de aquellos que ocupan los estratos más bajos del orden jerárquico. En grupos de cincuenta o cien, el estatus es un elemento fundamental y estresante de la vida, pues cada miembro ocupa un lugar específico en la jerarquía pero siempre está buscando maneras de mejorarlo. Y no hay escapatoria, puesto que los machos que abandonan el grupo para evitar a los ejemplares dominantes corren el riesgo de morir a manos de los machos de otros grupos, por lo que suelen quedarse y competir o someterse. Reflejando el fenómeno de la circunscripción social que ha sido invocado para explicar la creación de la jerarquía entre los humanos, esta gran limitación sirve para reforzar la desigualdad.

Es posible que sus parientes más cercanos, los bonobos, ofrezcan una imagen más bondadosa al mundo, pero también tienen machos y hembras alfa. Aunque son bastante menos violentos y proclives al acoso que los

chimpancés, mantienen estructuras jerárquicas claramente definidas. Si bien la ovulación oculta y la ausencia de dominación sistemática de las hembras por parte de los machos reducen los conflictos violentos relacionados con las oportunidades de apareamiento, la jerarquía se manifiesta en la competición que libran los machos por los alimentos. En todas esas especies, la desigualdad se expresa en un acceso desigual a la comida —lo más parecido a las disparidades de ingresos de los seres humanos— y, sobre todo, en términos de éxito reproductivo. La jerarquía de la dominación, coronada por los machos más corpulentos, fuertes y agresivos, que son los que más consumen y mantienen relaciones sexuales con un mayor número de hembras, es el patrón habitual.¹

Es improbable que esas características comunes no evolucionaran hasta que esas tres especies se hubieron separado de la línea ancestral, un proceso que comenzó hace unos once millones de años con la aparición de los gorilas y que prosiguió tres millones de años después con la separación del antepasado común de los chimpancés y los bonobos de los primeros antecesores de lo que acabaría convirtiéndose en el australopiteco y, a la postre, en el ser humano. Aun así, es posible que las expresiones sociales de desigualdad marcadas no siempre fueran comunes entre los primates. La jerarquía es una función de la vida grupal y nuestros parientes primates más lejanos, que se dividieron antes, ahora son menos sociales y viven solos o en grupos muy reducidos o transitorios. Esto ocurre en el caso de los gibones, cuyos antepasados se separaron de los grandes simios hace veintidós millones de años, y en el de los orangutanes, los primeros grandes simios que experimentaron la especiación hace unos diecisiete millones de años y ahora están confinados en Asia. Por el contrario, el gregarismo jerárquico es típico de los géneros africanos de esta familia taxonómica, incluida la nuestra. Ello indica que el antepasado común más reciente de los gorilas, los chimpancés, los bonobos y los humanos ya hacían gala de alguna versión de este rasgo, a diferencia de precursores más lejanos.²

La analogía con otras especies de primates tal vez no sea una guía adecuada sobre la desigualdad entre homínidos y humanos más ancestrales. La mejor prueba indirecta con la que contamos son los exiguos datos sobre dimorfismo sexual de tamaño, el grado en que los miembros maduros de un sexo —en este caso, los machos— son más altos, pesados y fuertes que los de otro. Entre los gorilas, al igual que entre los leones marinos, la intensa desigualdad entre los machos con y sin harenes, así como entre machos y hembras, está asociada a un alto grado de dimorfismo sexual de

tamaño con preferencia por el macho. A juzgar por el registro fósil, los homínidos prehumanos —australopitecos y parántropos, que vivieron hace más de cuatro millones de años—, al parecer eran más dimórficos que los humanos. Si la postura ortodoxa, que recientemente ha sido cada vez más cuestionada, se sostiene, algunas de las primeras especies, *Australopithecus afarensis* y *anamensis*, aparecidas hace tres o cuatro millones de años, estaban definidas por una ventaja en la masa corporal del macho de más del 50 %, mientras que especies posteriores ocupaban una posición intermedia entre ellos y los humanos. Con la llegada del *Homo erectus*, con un cerebro más grande, hace más de dos millones de años, el dimorfismo sexual de tamaño ya se había reducido a la cantidad relativamente modesta que seguimos observando en la actualidad. En la medida en que el grado de dimorfismo guardaba relación con la preponderancia de la competencia agonística entre machos por las hembras o estaba condicionado por la selección sexual de estas últimas, la reducción en las diferencias sexuales podría ser un indicativo de una menor varianza reproductiva entre los machos. Según esta interpretación, la evolución atenuó la desigualdad tanto entre los machos como entre sexos. Aun así, han persistido índices más elevados de desigualdad reproductiva para los hombres que para las mujeres, junto con unos niveles moderados de poliginia reproductiva.³

Se cree asimismo que otros acontecimientos que pudieron comenzar hace dos millones de años fomentaron una mayor igualdad. Los cambios en el cerebro y la fisiología que propiciaron la crianza y la alimentación cooperativas habrían contrarrestado la agresividad de los dominantes y suavizado las jerarquías en grupos más numerosos. Es posible que las innovaciones en el ejercicio de la violencia contribuyeran a este proceso. Cualquier cosa que ayudara a los subalternos a resistir a los dominantes habría atenuado el poder de estos últimos y, por tanto, reducido la desigualdad general. La creación de coaliciones entre hombres de menor estatus fue uno de los medios para alcanzar ese fin, y el uso de armas arrojadizas, otro. Los combates cuerpo a cuerpo, ya fuera con las manos, con los dientes, con palos o con piedras, favorecían a los hombres más fuertes y agresivos. Las armas empezaron a desempeñar un papel igualador cuando pudieron ser utilizadas a mayor distancia.

Hace unos dos millones de años, los cambios anatómicos que se produjeron en el hombro hicieron posible el lanzamiento eficaz de piedras y otros objetos, una destreza que no estaba al alcance de especies anteriores ni tampoco de los primates no humanos de la actualidad. Esta adaptación

no solo mejoró las capacidades para la caza, sino que también hizo más fácil que los gamas desafiaran a los alfas. La fabricación de lanzas fue el siguiente paso, y después llegaron mejoras como las puntas endurecidas con fuego y, más tarde, las puntas de piedra. El uso controlado del fuego nació hace unos 800.000 años, y la tecnología del tratamiento con calor tiene una antigüedad de al menos 160.000. La aparición de dardos o puntas de flecha hechos de piedra, que dataría de hace 70.000 años en Sudáfrica, fue simplemente la última fase de un dilatado proceso de desarrollo de armas arrojadizas. Por primitivas que les parezcan a los observadores modernos, esas herramientas favorecían la destreza en detrimento de la envergadura, la fuerza y la agresividad, y alentaban los ataques y emboscadas iniciales, así como la cooperación entre los individuos más débiles. La evolución de las habilidades cognitivas fue un complemento vital para lanzamientos más precisos, un mejor diseño de armas y una creación de coaliciones más fiable. Las capacidades lingüísticas plenas, que habrían facilitado alianzas más elaboradas y reforzado las ideas de moralidad, podrían remontarse a tan solo 100.000 años o hasta 300.000. Buena parte de la cronología de esos cambios sociales es poco clara: cabe la posibilidad de que se prolongara durante los últimos dos millones de años o que estuviese más concentrada entre humanos anatómicamente modernos, nuestra especie, u *Homo sapiens*, que apareció en África hace al menos 200.000 años.⁴

Lo más importante en el contexto actual es el resultado acumulativo, la mayor capacidad de los individuos de estatus inferior para enfrentarse a los machos alfa de un modo que no estaba al alcance de los primates no humanos. Cuando los dominantes pasaban a formar parte de grupos cuyos miembros estaban armados con proyectiles y eran capaces de contrarrestar su influencia formando coaliciones, la dominación manifiesta por medio de la fuerza bruta y la intimidación ya no era una opción viable. Si esta conjetura —pues no puede ser otra cosa— es correcta, entonces la violencia y, más concretamente, las nuevas estrategias para organizarse y amenazar con acciones violentas desempeñaron un papel importante y puede que incluso crucial en la primera gran igualación en la historia de la humanidad. Para entonces, la evolución biológica y social de los seres humanos había dado pie a un equilibrio igualitario. Los grupos todavía no eran lo bastante numerosos, las capacidades productivas todavía no estaban suficientemente diferenciadas y los conflictos y la territorialidad todavía no estaban lo bastante desarrollados como para que la sumisión a unos pocos pareciera la opción menos mala para muchos. Aunque las varieda-

des animales de dominación y jerarquía se habían visto erosionadas, aún no habían sido sustituidas por nuevas formas de desigualdad basadas en la domesticación, la propiedad y la guerra. Ese mundo se ha perdido casi por completo, pero no del todo. Definidas por bajos niveles de desigualdad de recursos y un fuerte espíritu igualitario, las escasas poblaciones recolectoras que todavía existen en el mundo nos dan una idea, por limitada que sea, de cómo podían funcionar las dinámicas de la igualdad en el Paleolítico medio y superior.⁵

Unas grandes limitaciones logísticas e infraestructurales ayudan a contener la desigualdad entre los cazadores-recolectores. Un estilo de vida nómada en el que no haya bestias de carga limita enormemente la acumulación de posesiones materiales, y el reducido tamaño y la composición fluida y flexible de los grupos recolectores no son propicios a relaciones asimétricas estables más allá de disparidades de poder básico en cuestiones de edad y género. Asimismo, el igualitarismo de los recolectores se basa en el rechazo a los intentos de dominación. Esta actitud es una verificación crucial de la propensión natural del ser humano a formar jerarquías: la equiparación activa se utiliza para mantener un terreno de juego igualado. Los antropólogos han documentado numerosos medios para hacer valer los valores igualitarios, clasificados por severidad. Mendigar, gorronear y robar ayudan a garantizar una distribución de los recursos más igualitaria. Las sanciones contra los comportamientos autoritarios y el engrandecimiento propio van desde los cotilleos, las críticas, la ridiculización y la desobediencia hasta el ostracismo e incluso la violencia física, incluido el homicidio. Por tanto, el liderazgo suele ser sutil, dispersado entre varios miembros del grupo, y transitorio; los menos autoritarios son los que tienen más posibilidades de influir en los demás. Esta economía moral tan característica ha sido denominada «jerarquía inversa de la dominación»: clave entre los hombres adultos (que normalmente dominan a las mujeres y los niños), representa la neutralización continuada y preventiva de la autoridad.⁶

Entre los hadza, un grupo de varios centenares de cazadores-recolectores de Tanzania, los miembros del campamento buscan comida individualmente y prefieren a su familia a la hora de repartir los alimentos conseguidos. Al mismo tiempo, se espera el reparto de comida más allá de la propia familia, lo cual es habitual, sobre todo cuando otros pueden ver fácilmente los recursos. Los hadza pueden intentar esconder miel porque resulta más fácil, pero, si los descubren, están obligados a compartirla. Se tolera el gorroneo, que es generalizado. Por ello, aunque los individuos

sin duda prefieren quedarse más para ellos y sus familiares directos, interfieren las normas: compartir es habitual porque la ausencia de dominación hace que resulte difícil resistirse a compartir. Los alimentos grandes y perecederos, como la caza, incluso pueden ser compartidos fuera del campamento. No se valora el ahorro en la medida en que los recursos disponibles suelen ser consumidos sin demora y ni siquiera se comparten con personas que estén ausentes en ese momento. A consecuencia de ello, los hadza tienen unas posesiones privadas mínimas: joyas, ropa, un palo para cavar y, a veces, una cacerola en el caso de las mujeres y arco y flechas, ropa, joyas y unas cuantas herramientas en el caso de los hombres. Muchos de esos artículos no son particularmente duraderos y sus propietarios no establecen fuertes vínculos con ellos. La propiedad más allá de esos artículos básicos no existe y el territorio no es defendido. La falta o dispersión de la autoridad dificulta que se tomen decisiones de grupo y más aún que se pongan en práctica. En todos estos sentidos, los hadza son bastante representativos de los grupos de cazadores-recolectores en términos más generales.⁷

Un modo de subsistencia basado en la caza y la recolección y una economía moral igualitaria constituyen un obstáculo formidable para cualquier forma de desarrollo por la sencilla razón de que el crecimiento económico requiere cierto grado de desigualdad de ingresos y consumo para alentar la innovación y la producción de excedentes. Sin crecimiento, apenas había excedentes de los que apropiarse u ofrecer a otros. La economía moral impedía el crecimiento y la falta de crecimiento impedía la producción y concentración de excedentes. Esto no significa que los cazadores-recolectores practiquen una forma de comunismo: el consumo no es equitativo y los individuos no solo difieren en sus donaciones somáticas, sino también en lo relativo al acceso a redes de apoyo y recursos materiales. Como expongo en la siguiente sección, la desigualdad entre los cazadores-recolectores no es inexistente, sino muy baja en comparación con la de las sociedades que recurren a otras formas de subsistencia.⁸

También debemos tener en cuenta la posibilidad de que los cazadores-recolectores contemporáneos difieran de nuestros antepasados preagrícolas en aspectos importantes. Los grupos de cazadores-recolectores que han sobrevivido están absolutamente marginados y confinados a zonas a las que no pueden llegar o que no interesan a agricultores y pastores, unos entornos adecuados para un estilo de vida que rehúye de la acumulación de recursos materiales y las reivindicaciones territoriales. Antes de la domesticación de las plantas y los animales para la producción de alimentos,

los cazadores-recolectores estaban mucho más repartidos por el planeta y tenían acceso a recursos naturales más abundantes. Asimismo, en algunos casos, los grupos de cazadores-recolectores contemporáneos pueden responder a un mundo dominante de agricultores y pastores más jerárquicos, definiéndose en contraste con las normas externas. Los cazadores-recolectores de la actualidad no son atemporales o «fósiles vivientes», y hay que entender sus prácticas dentro de unos contextos históricos concretos.⁹

Por este motivo, las poblaciones prehistóricas no tenían por qué ser siempre igualitarias, como podría indicar la experiencia de los cazadores-recolectores contemporáneos. Las desigualdades materiales observables en contextos funerarios que datan de antes del inicio del Holoceno, que comenzó hace unos 11.700 años, son infrecuentes, pero aun así existen. El ejemplo más famoso de estatus inmerecido y desigualdad es Sungir, un yacimiento del Pleistoceno situado doscientos kilómetros al norte de Moscú y cuyos restos datan de hace unos 30.000 a 34.000 años, una época que se corresponde con una fase relativamente suave de la última glaciación. En él encontramos los restos de un grupo de cazadores y recolectores que mataban y consumían grandes mamíferos, como bisontes, caballos, renos, antílopes y sobre todo mamuts, además de lobos, zorros, osos pardos y leones de las cavernas. Destacan tres tumbas humanas. Una contiene a un hombre adulto que fue enterrado con unas tres mil cuentas hechas de marfil de mamut que probablemente le cosieron a la ropa y unos veinte colgantes y veinticinco anillos también de marfil de mamut. Otra tumba era el lugar de reposo de una niña de unos diez años y un niño que rondaría los doce. La ropa de ambos estaba adornada con un total de unas diez mil cuentas de marfil y entre los elementos funerarios había una amplia variedad de objetos prestigiosos, tales como lanzas hechas de colmillo de mamut enderezado y diversas obras de arte.

Debieron de invertirse grandes esfuerzos en esos yacimientos: los estudiosos de la actualidad han calculado que llevaba entre quince y cuarenta y cinco minutos tallar una sola cuenta, lo cual se traduce en un total de 1,6 a 4,7 años de trabajo para una persona que tallara cuarenta horas semanales. Hubo que cazar un mínimo de setenta y cinco zorros árticos para extraer los trescientos colmillos adosados a un cinturón y un tocado hallado en la tumba del niño y, teniendo en cuenta la dificultad que comporta el extraerlos intactos, la cifra pudo ser superior. Aunque un periodo largo de relativo sedentarismo habría brindado a los miembros de este grupo tiempo suficiente para conseguirlo, la pregunta es por qué deseaban hacerlo. Al parecer, esas tres personas no fueron enterradas con ropa y obje-

tos cotidianos. El hecho de que las cuentas de los niños fueran más pequeñas que las del hombre significa que fueron fabricadas especialmente para ellos, ya fuera en vida o, más probablemente, para su entierro. Por motivos que desconocemos, esos individuos eran considerados especiales. Sin embargo, los niños eran demasiado jóvenes para haberse ganado un trato privilegiado: tal vez mantenían lazos familiares con una persona más importante que el resto. La presencia de lesiones posiblemente mortales tanto en el hombre como en el niño y de un acortamiento femoral que habría incapacitado a la niña cuando estaba viva no hacen sino acrecentar el misterio.¹⁰

Aunque el esplendor de las tumbas de Sungir hasta el momento no ha hallado paralelismo en el archivo paleolítico, se han encontrado otros sepulcros lujosos más al oeste. En Dolní Věstovice, en Moravia, aproximadamente por la misma época fueron enterrados tres individuos con elaborados sombreros y el suelo presentaba manchas de color ocre. Los ejemplos posteriores son algo más numerosos. La cueva de Arene Candide, en la costa de Liguria, albergaba el profundo sepulcro de un adolescente profusamente ornamentado al que tumbaron sobre un lecho de ocre rojo hace unos 28.000 o 29.000 años. Los centenares de conchas perforadas y colmillos de ciervo descubiertos alrededor de su cabeza debían de estar cosidos a algún tipo de sombrero orgánico. El conjunto se complementaba con colgantes hechos de marfil de mamut, cuatro bastones fabricados con cuerno de alce y una cuchilla excepcionalmente larga hecha de sílex que llevaba en la mano derecha. Una joven enterrada en Saint-Germaine-la-Rivière hace unos 16.000 años llevaba ornamentos de concha y dientes: estos últimos, unos setenta colmillos de ciervo rojo perforados, debieron de transportarse desde más de trescientos kilómetros de distancia. Hace unos 10.000 años, en el Holoceno temprano pero en un contexto de caza y recolección, un niño de tres años fue enterrado con 1.500 cuentas de concha en el saliente rocoso de La Madeleine, en Dordoña.¹¹

Es tentador interpretar esos hallazgos como los primeros precursores de las desigualdades que estaban por llegar. Los vestigios de producción de artesanía avanzada y estandarizada, la inversión de tiempo en tareas sumamente repetitivas y el uso de materias primas obtenidas en lugares muy lejanos dejan entrever unas actividades económicas más sofisticadas que las que observamos en los cazadores-recolectores contemporáneos. También denota ciertas disparidades sociales que normalmente no asociamos con los grupos de cazadores-recolectores: las espléndidas tumbas para niños y adolescentes apuntan a un estatus asignado y puede que incluso he-

redado. La existencia de relaciones jerárquicas es más difícil de intuir por estos materiales, pero es una opción cuando menos plausible. Sin embargo, no existen indicios de desigualdades duraderas. Al parecer, una mayor complejidad y diferenciación de estatus eran temporales por naturaleza. El igualitarismo no era necesariamente una categoría estable: la conducta social podía variar dependiendo de circunstancias cambiantes o incluso de presiones estacionales recurrentes. Y, si bien las adaptaciones costeras anteriores, cunas de evolución social en las que el acceso a alimentos marítimos como el marisco alentaban la territorialidad y un liderazgo más eficaz, pueden remontarse a hace 100.000 años, no existen, al menos por el momento, indicios de una jerarquía emergente o de disparidades en el consumo. Por lo que sabemos, la desigualdad social o económica en el Paleolítico fue esporádica y transitoria.¹²

LA GRAN DESCOMPENSACIÓN

La desigualdad no se manifestó hasta que hubo terminado la última glaciación y las condiciones climáticas entraron en una fase de inusual estabilidad. El Holoceno, el primer periodo cálido interglacial durante más de 100.000 años, generó un medio ambiente que resultaba mucho más favorable para el desarrollo económico y social. Esas mejoras permitieron a los humanos extraer más energía y multiplicarse, y también sentar las bases de una distribución cada vez más desigual del poder y los recursos materiales. Esto llevó a lo que yo denomino la «gran descompensación», una transición a nuevas formas de subsistencia y organización social que erosionaron el igualitarismo de los cazadores-recolectores y lo reemplazaron con jerarquías duraderas y disparidades en ingresos y riqueza. Para que esto fuera posible debían existir activos productivos que pudieran ser defendidos de intrusiones y de los cuales sus propietarios pudieran extraer un excedente de una forma predecible. La producción de alimentos por medio de la agricultura y la ganadería cumple ambos requisitos y llegaría a convertirse en el principal motor del cambio económico, social y político.

Sin embargo, la domesticación de plantas y animales no era un requisito previo indispensable. En ciertas condiciones, los cazadores-recolectores también podían explotar recursos naturales no domesticados de forma análoga. La territorialidad, la jerarquía y la desigualdad podían aflorar allí donde la pesca fuera factible o en ciertos lugares donde fuera especial-

mente productiva. Este fenómeno, conocido como adaptación marítima o ribereña, está bien documentado en los archivos etnográficos. Desde 500 e. c. aproximadamente, la presión sobre las reservas pesqueras a consecuencia del aumento de población en la costa oeste de Norteamérica, desde Alaska hasta California, animó a las poblaciones de cazadores-recolectores a imponer su control sobre ríos muy localizados donde hubiera salmones. En ocasiones, esto vino acompañado del cambio de unos asentamientos prácticamente uniformes a sociedades estratificadas con grandes casas para las familias de los jefes, los clientes y los esclavos.¹³

Varios casos prácticos detallados han puesto el acento sobre la estrecha relación entre la escasez de recursos y la aparición de la desigualdad. Desde el año 400 hasta 900 e. c., aproximadamente, el yacimiento de Keatley Creek, en Columbia Británica, albergaba una comunidad de varios centenares de miembros cerca del río Fraser que aprovechaban las migraciones del salmón. A juzgar por los restos arqueológicos, el consumo de salmones se redujo hacia el año 800 y fue reemplazado por la carne de mamíferos. En ese momento aparecen indicios de desigualdad en los archivos. Un elevado porcentaje de las espinas de pescado recuperadas en las fosas de las viviendas son de salmón real o salmón rojo adulto, unos preciados ejemplares ricos en grasas y calorías. Se encontraron asimismo objetos de prestigio, entre ellos tipologías insuales de piedra. Dos de las casas más pequeñas, por el contrario, solo contenían espinas de peces más jóvenes y menos nutritivos. Como en muchas otras sociedades con ese grado de complejidad, la desigualdad era a un tiempo celebrada y mitigada por la redistribución ceremonial: unos pozos de cocción con capacidad para preparar comida para grupos numerosos denotan que los ricos y poderosos organizaban banquetes para la comunidad. Mil años después, los festines rituales en los que los líderes competían entre sí por medio de muestras de generosidad eran un rasgo común en todo el Pacífico noroeste. En el yacimiento de Bridge River, situado en la misma región, se produjeron cambios similares: aproximadamente desde el año 800, cuando los propietarios de grandes edificaciones empezaron a acumular objetos de prestigio y abandonaron la preparación comunal de alimentos al aire libre, los residentes más pobres se adscribieron a esas familias y la desigualdad se institucionalizó.¹⁴

En otras ocasiones fue el progreso tecnológico el que precipitó el cambio social y económico desequilibrante. Durante miles de años, los chumash de la costa de California, en lo que ahora corresponde a los condados de Santa Barbara y Ventura, habían vivido como cazadores-reco-

lectores igualitarios que utilizaban barcas sencillas y recogían bellotas. Entre los años 500 y 700, la llegada de grandes canoas de tablones que podían transportar a una docena de hombres y adentrarse más de sesenta millas en el mar permitió a los chumash atrapar peces más voluminosos y convertirse en intermediarios del comercio de caparazones por toda la costa. Vendían sílex obtenido en las islas del Canal a grupos del interior a cambio de bellotas, frutos secos y hierbas comestibles. Esto generó un orden jerárquico en el que los jefes polígamos controlaban las canoas y el acceso al territorio, dirigían a sus hombres en la guerra y presidían las ceremonias rituales. A cambio, recibían de sus seguidores pagos en forma de comida y caparazones. En dichos entornos, las sociedades cazadoras-recolectoras podían alcanzar niveles relativamente altos de complejidad. A medida que aumentaba la dependencia de recursos locales concentrados, la movilidad se redujo y la especialización profesional, la propiedad de activos estrictamente definida, la defensa perimetral y una intensa competitividad entre grupos vecinos que en general conllevaba la esclavización de cautivos fomentaron la jerarquía y la desigualdad.¹⁵

Entre los cazadores-recolectores, las adaptaciones de esta índole solo eran posibles en áreas ecológicas concretas y normalmente no se extendían fuera de ellas. Solo la domesticación de los recursos alimentarios tenía potencial para transformar la actividad económica y las relaciones sociales a una escala global: en su ausencia, las desigualdades acentuadas podrían haber quedado relegadas a pequeños reductos en zonas costeras y ribereñas, rodeadas de todo un mundo de cazadores-recolectores más igualitarios. Pero no había de ser. Varias plantas comestibles empezaron a ser domesticadas en diferentes continentes, primero en el suroeste de Asia hace unos 11.500 años, luego en China y Sudamérica hace 10.000 años, en México hace 9.000 años, en Nueva Guinea hace más de 7.000 años y en el sur de Asia, África y Norteamérica hace unos 5.000 años. La domesticación de animales, de producirse, a veces precedía y a veces llegaba después de esas innovaciones. El paso de la caza y la recolección a la agricultura pudo ser un proceso dilatado que no siempre siguió una trayectoria lineal.¹⁶

Esto era especialmente cierto en el caso de la cultura natufiense y sus sucesores del Neolítico precerámico del Levante, que fueron los primeros en ser testigos de esta transición. Desde hace unos 14.500 años, un clima más cálido y húmedo permitió a los grupos de cazadores-recolectores regionales aumentar en envergadura y actuar desde asentamientos más permanentes, donde cazaban abundantes animales y recolectaban cereales en

cantidades suficientes para que fueran necesarias instalaciones de almacenamiento. Las pruebas materiales son muy limitadas, pero muestran signos de lo que los máximos expertos en la materia han denominado «jerarquía social incipiente». Los arqueólogos han descubierto un edificio de grandes dimensiones que tal vez servía para usos comunitarios y unos cuantos morteros de basalto especiales cuya fabricación debió de resultar muy compleja. Según un recuento, alrededor de un 8 % de los esqueletos recuperados del periodo natufiense temprano, hace entre 14.500 y 12.800 años, lucían conchas marinas, a veces traídas desde cientos de kilómetros de distancia, y ornamentos hechos de hueso o diente. En un yacimiento, tres varones fueron enterrados con tocados hechos de caparazón, uno de ellos con cuatro capas de conchas. Solo unas pocas tumbas contenían herramientas y estatuillas de piedra. La presencia de grandes pozos de cocción y chimeneas podrían apuntar a banquetes redistributivos como los que se celebraban mucho más tarde en el noroeste americano.¹⁷

No obstante, fuera cual fuera el grado de estratificación y desigualdad social que se desarrolló en estas condiciones medioambientales benignas, se desvaneció durante una fase fría conocida como Dryas Reciente, que sobrevino hace entre 12.800 y 11.700 años, momento en el cual los cazadores-recolectores que quedaban volvieron a un estilo de vida más móvil a medida que escaseaban los recursos o se volvían más impredecibles. El retorno a la estabilidad climática hace unos 11.700 años coincidió con los primeros indicios de cultivos silvestres como la escanda, el farro, el trigo y la cebada. Durante lo que se conoce como el Neolítico precerámico temprano (hace entre 11.500 y 10.500 años), los asentamientos se expandieron y la comida empezó a almacenarse en casas, una práctica que denota un cambio en el concepto de propiedad. El hecho de que aparecieran por primera vez materiales exóticos como la obsidiana podría reflejar un deseo de expresar y afianzar un estatus elevado. El Neolítico precerámico tardío (hace unos 10.500-8.300 años) ha generado información más específica. Hace unos 9.000 años, la aldea de Cayönü, en el sureste de Turquía, comprendía diferentes zonas cuyos edificios y hallazgos diferían en tamaño y calidad. Unas estructuras más grandes y mejor construidas albergan objetos inusuales y exóticos y tienden a estar ubicadas cerca de una plaza y un templo. Mientras que solo un pequeño porcentaje de las tumbas incluyen obsidiana, cuentas o herramientas, tres de los cuatro entierros domésticos de Cayönü se celebraron en casas situadas junto a la plaza. Todo ello puede considerarse un indicador de un estatus de élite.¹⁸

No cabe duda de que buena parte de la desigualdad que observamos

en los siguientes milenios fue posibilitada por la agricultura. Pero existieron otros caminos. Ya he mencionado las adaptaciones acuáticas que permitieron la aparición de notables disparidades políticas y económicas en ausencia de la domesticación de alimentos. En otros casos, la introducción del caballo domesticado como medio de transporte pudo tener efectos descompensadores incluso en ausencia de producción de alimentos. En los siglos XVIII y XIX, los comanches que vivían en las tierras fronterizas del Suroeste americano crearon una cultura guerrera que utilizaba caballos de origen europeo en sus enfrentamientos e incursiones de larga distancia. El búfalo y otros mamíferos salvajes eran su principal fuente de alimento, complementados con plantas silvestres y maíz obtenidos por medio del comercio o los saqueos. Esos actos sustentaban altos niveles de desigualdad: se utilizaba a niños cautivos para que cuidaran los caballos de los ricos y el número de ejemplares que uno poseyera dividía a las familias comanches de manera bastante marcada en ricas (*tsaanaakatu*), pobres (*tahkapu*) y muy pobres (*tubitsi tahkapu*). En términos más generales, las sociedades cazadoras-recolectoras, horticultoras y agrícolas no siempre estaban asociadas sistemáticamente con diferentes grados de desigualdad: algunos grupos de cazadores-recolectores podían ser más desiguales que ciertas comunidades agrarias. Un estudio realizado con doscientas cincuenta y ocho sociedades nativas de Norteamérica indica que los excedentes, y no la domesticación como tal, fueron el elemento determinante de los niveles de desigualdad material: mientras que dos tercios de las sociedades que poseían poco o ningún excedente no manifestaban una desigualdad de recursos, cuatro de cada cinco de aquellas que generaban excedentes moderados o grandes sí lo hacían. Esta correlación es mucho más sólida que la existente entre distintas formas de subsistencia, por un lado, y desigualdad, por otro.¹⁹

Un estudio realizado con veintiuna sociedades a pequeña escala con diferentes grados de desarrollo —cazadores-recolectores, horticultores, pastores y granjeros— y en diferentes partes del mundo identifica dos determinantes de desigualdad cruciales: los derechos de propiedad sobre la tierra y el ganado y la capacidad para transmitir riqueza de una generación a la siguiente. Los investigadores observaron tres tipos de riqueza: personificada (sobre todo fortaleza corporal y éxito reproductivo), relacional (ejemplificada por los compañeros de trabajo) y material (artículos domésticos, tierras y ganado). En su muestra, los legados personificados eran la categoría de riqueza más importante entre los cazadores-recolectores y los horticultores, y la riqueza material la menos importante, mien-

tras que ocurría lo contrario en el caso de los pastores y granjeros. El peso relativo de diferentes clases de riqueza es un factor importante en el grado total de desigualdad. Las limitaciones físicas de la riqueza personificada son relativamente estrictas, sobre todo en cuanto a la envergadura corporal, y algo menos en lo tocante a la fuerza, el volumen de caza y el éxito reproductivo. La riqueza relacional, aunque más flexible, también estaba distribuida de forma más dispar entre granjeros y pastores, y las mediciones de desigualdad en cuanto a tierras y ganado de estos dos grupos alcanzaban niveles más altos que las de porcentajes de utensilios o barcos entre los cazadores-recolectores y horticultores. La combinación de diversas constricciones de desigualdad aplicables a diferentes tipos de riqueza y la importancia relativa de algunas clases de esta explica las diferencias observadas por modo de subsistencia. Los coeficientes de Gini de riqueza compuesta media eran de solo 0,25 a 0,27 en el caso de los cazadores-recolectores y los horticultores, pero mucho más altos en el caso de los pastores (0,42) y los granjeros (0,48). En cuanto a la riqueza material, la principal división parece hallarse entre cazadores-recolectores (0,36) y todos los demás (0,51 a 0,57).²⁰

La posibilidad de transmisión de la riqueza es otra variable crucial. El grado de transmisión intergeneracional de la riqueza en el caso de los granjeros y pastores era aproximadamente el doble que el de los demás y las posesiones materiales disponibles eran mucho más adecuadas para la transmisión que los activos de los cazadores-recolectores y los horticultores. Esas diferencias sistemáticas ejercen una gran influencia en la desigualdad de oportunidades en la vida, calculada como la posibilidad de que un hijo de padres situados en el decil superior de riqueza compuesta acabe en el mismo decil que un hijo de padres del decil más pobre. Definida de este modo, la movilidad intergeneracional normalmente era moderada: incluso entre los cazadores-recolectores y los horticultores, los descendientes del decil más alto tenían al menos el triple de posibilidades de reproducir ese estatus que los del decil más bajo de ascender hasta el primero. Sin embargo, en el caso de los granjeros, las posibilidades eran mucho mayores (unas once veces) y aún más en el de los pastores (unas veinte veces). Esas discrepancias pueden atribuirse a dos factores. Más o menos la mitad de este efecto lo explica la tecnología, que determina la importancia relativa y las características de diferentes tipos de riqueza. Las instituciones que gobiernan la forma de transmisión de la riqueza suponen la otra mitad, ya que las normas de la agricultura y el pastoreo favorecen la transmisión vertical a los familiares.²¹

Según este análisis, la desigualdad y su persistencia a lo largo del tiempo obedecen a una combinación de tres factores: la importancia relativa de diferentes tipos de activos, lo apropiados que sean para transmitirlos a otros y los índices reales de transmisión. Por ello, los grupos en los que la riqueza material desempeña un papel menor y no se presta fácilmente a transmisión y en los que se desaconseja la herencia experimentarán menores niveles de desigualdad general que los grupos en los que la riqueza material sea el activo dominante, sea altamente transmisible y se permita legarla a la siguiente generación. A largo plazo, la posibilidad de transmisión es crucial: si la riqueza pasa de una generación a otra, sacudidas aleatorias relacionadas con la salud, la paridad y los beneficios derivados del capital y el trabajo que generen desigualdad serán preservadas y se acumularán con el tiempo en lugar de permitir que los resultados distributivos retrocedan hasta alcanzar la media.²²

De acuerdo con las observaciones realizadas en el estudio de las sociedades nativas americanas anteriormente mencionado, los hallazgos empíricos que se derivan de esta muestra de veintiuna sociedades a pequeña escala indican asimismo que la domesticación no es condición previa suficiente para una desigualdad significativa. La dependencia de recursos naturales defendibles parece ser un factor más importante, ya que normalmente estos pueden legarse a la siguiente generación. Lo mismo ocurre con inversiones como el arado, los bancales y la irrigación. La heredabilidad de esos activos productivos y sus mejoras fomenta la desigualdad en dos sentidos: permitiendo que aumente con el tiempo y reduciendo la varianza y la movilidad intergeneracionales. Un estudio mucho más amplio llevado a cabo con más de mil sociedades con distintos niveles de desarrollo confirma el papel fundamental de la transmisión. Conforme a este conjunto de datos globales, alrededor de un tercio de las sociedades cazadoras-recolectoras simples tienen normas de herencia para las propiedades muebles, pero solo una de cada doce reconoce la transmisión de inmuebles. Por el contrario, casi todas las sociedades que practican formas intensivas de agricultura cuentan con normas que abarcan ambas cosas. Los cazadores-recolectores y horticultores complejos ocupan una posición intermedia. La herencia presupone la existencia de derechos de propiedad. Solo podemos conjeturar las circunstancias de su creación: Samuel Bowles argumenta que la agricultura favorecía unos derechos de propiedad que eran poco prácticos o factibles para los cazadores-recolectores, ya que los recursos de las granjas, tales como cosechas, edificios y animales, podían delimitarse y defenderse con facilidad, unos requisitos

previos no compartidos por los recursos naturales dispersos de los que normalmente dependen los cazadores-recolectores. Excepciones como las adaptaciones acuáticas y las culturas equinas coinciden plenamente con esta explicación.²³

Históricamente, la desigualdad a veces ha tardado en despegar. Catal Höyük, un asentamiento neolítico protourbano del suroeste de Anatolia que data del octavo milenio a. e. c., es un ejemplo llamativo. Sus varios miles de habitantes dependían de una mezcla de agricultura y pastoreo. La tierra era abundante y no existían signos claros de estructuras gubernamentales o estratificación social. Los habitantes vivían en casas familiares en las que almacenaban cereales, fruta y frutos secos. En el yacimiento se han recuperado gran cantidad de objetos de piedra. Un estudio exhaustivo de 2.429 objetos de veinte edificios y nueve patios fechados entre 7400 y 6000 a. e. c. revela diferencias en la distribución de algunos tipos concretos de objetos. Hay piedras de molino y molinillos de mano intactos repartidos de forma muy desigual en los asentamientos, mientras que las casas solían gozar de amplio acceso a útiles de cocina y herramientas de piedra. Los molinillos de mano intactos se encuentran sobre todo en los edificios más elaborados, pero no podemos saber si estos representan a familias de más alto estatus o si simplemente albergaban tareas cooperativas relacionadas con el procesamiento de comida. La observación de que la mayoría de las piedras de molino y los molinillos de mano se rompieron deliberadamente mucho antes de que se desgastaran podría desmentir la primera de esas interpretaciones. Puede que esa costumbre refleje incluso un mandato extendido pero no universal contra la transmisión intergeneracional de esos valiosos activos: en sociedades mesopotámicas posteriores, se hallaron numerosos molinillos de mano entre riquezas heredables. Es posible que se aplicaran activamente ciertas medidas de equiparación para frenar los desequilibrios de riqueza entre las familias.²⁴

Sin embargo, con el paso del tiempo la desigualdad se convirtió cada vez más en la norma. Los vestigios arqueológicos de Mesopotamia muestran fuertes indicios de estratificación mucho antes de la creación de los primeros estados en la región. Por ejemplo, en la aldea de Tell es-Sawan, situada al norte del Bagdad moderno y a orillas del Tigris, una pared de barro con una fosa que contenía numerosos proyectiles, todos ellos hechos de arcilla, denota un conflicto violento hace unos 7.000 años, condiciones que eran propicias para la creación de un liderazgo centralizado y una jerarquía. Algunas de las tumbas más ostentosas de este yacimiento son para niños, lo cual refleja una distinción por estatus basada en la ri-

queza familiar y no en los logros personales. En Tell Arpachiyah, un yacimiento que fue ocupado más o menos por la misma época cerca de Mosul, la que parece la residencia de una familia de élite consistía en gran cantidad de habitaciones en las que se hallaron elegantes objetos de cerámica, vasijas de alabastro, obsidiana y varios tipos de ornamentos y herramientas de artesano. En este asentamiento, los líderes controlaban el comercio cerrando la mercancía con arcilla, en la que tallaban sellos rudimentarios antes de que se secara; fueron los precursores de los sellos complejos de la Mesopotamia posterior. Es llamativo que, en Yarim Tepe, un joven incinerado no solo fue enterrado con cuentas de obsidiana, sino también con un cincel para sellos, lo cual lo identificaba como descendiente y tal vez heredero de un funcionario que se dedicaba a tales menesteres.²⁵

En aquella época, entre 6000 y 4000 a. e. c., se daban ya todos los ingredientes básicos de la desigualdad estructural: numerosas construcciones defensivas que denotan competencia por unos recursos escasos y la necesidad de un liderazgo eficaz; edificios públicos laicos que podrían estar asociados con funciones gubernamentales; santuarios y templos que dejan entrever la importancia del poder ritual; símbolos de rango hereditario, ejemplificados por lujosas tumbas de niños; e indicios de intercambio de artesanía entre familias de las élites de diferentes asentamientos. El desarrollo político, militar y económico diferenciaba a la población, y una posición destacada, el control sobre el intercambio económico y la riqueza personal iban de la mano.

En otros contextos, el liderazgo político llegó a asociarse con altos niveles de desigualdad material. En un cementerio de Varna, situada junto al mar Negro en lo que actualmente es Bulgaria, se han descubierto más de doscientas tumbas ocupadas que datan del quinto milenio a. e. c. Entre ellas destaca la de un hombre de mediana edad al que enterraron con al menos 990 objetos de oro que pesan más de un kilo en total: estaba cubierto de ornamentos de oro, probablemente cosidos a la ropa, llevaba pesados brazaletes de oro y empuñaba un hacha; incluso el pene estaba revestido de oro. La tumba de ese hombre concentra un tercio de todos los objetos de oro encontrados en el yacimiento y una cuarta parte de su peso total. En general, los objetos funerarios están repartidos de manera muy desigual: más de la mitad de las tumbas ocupadas contienen objetos, pero los restos abundan en menos de una de cada diez, y solo unas cuantas contienen una amplia variedad de materiales, entre ellos gran cantidad de oro. El coeficiente de Gini del número de objetos por tumba oscila entre 0,61 y 0,77, dependiendo del periodo, pero sería mucho más elevado si pudiera-

mos ajustar la distribución por valor. Aunque solo podemos sacar conjeturas sobre la organización de esa sociedad, su carácter jerárquico es indudable. El hombre cubierto de oro y algunos de sus conciudadanos menos acomodados probablemente eran jefes supremos.²⁶

Estos hallazgos apuntan a una fuente de desigualdad complementaria. La combinación de extracción de excedentes de recursos defendibles y derechos de propiedad personales o familiares sobre dichos recursos, que incluían el derecho a transferirlos a descendientes u otros familiares, sentó las bases de una estratificación socioeconómica cada vez mayor. Nuevas formas de poder político y militar propiciaron y amplificaron las desigualdades resultantes en materia de ingresos y riqueza. Al igual que el paso a la domesticación de los alimentos, la evolución de las jerarquías políticas fue un proceso lento y gradual que estuvo supeditado a las condiciones ecológicas, al progreso tecnológico y al crecimiento demográfico. A largo plazo, la dirección general del cambio partió de los pequeños grupos familiares de una docena de personas que eran típicos de economías simples de caza y recolección hasta llegar a grupos y colectividades locales cuyos miembros solían contarse por centenares y cacicazgos o protoestados que controlaban a miles o decenas de miles de personas. Esta no fue siempre una progresión lineal y no todos los entornos albergaban formas más complejas de organización social. A consecuencia de ello, las sociedades complejas basadas en la agricultura acabaron compartiendo el planeta con bandas, tribus y cacicazgos de pastores, horticultores y lo que quedaba de la ancestral población de cazadores-recolectores. La diversidad ha sido vital para comprender las fuerzas motrices que están detrás de la aparición de la desigualdad, lo cual nos permite comparar las características de diferentes modos de subsistencia y sus consecuencias para la acumulación, transmisión y concentración de riqueza, como ya hemos resumido.²⁷

El rango documentado de variación en la organización sociopolítica en todo el mundo también ha sido amplio, lo cual posibilita relacionar las desigualdades de poder y estatus con las desigualdades de riqueza. Desde una perspectiva global, la agricultura está íntimamente relacionada con la estratificación social y política. En una muestra de más de mil comunidades, más de tres cuartas partes de los grupos cazadores-recolectores simples no dan muestras de estratificación social, a diferencia de menos de un tercio en el caso de quienes practican formas intensivas de agricultura. Las jerarquías dependen aún más de la agricultura sedentaria: las élites y la estructura de clases son prácticamente desconocidas entre los cazado-

res-recolectores, pero han sido constatadas en la mayoría de las sociedades agrícolas. Sin embargo, una vez más, fue el nivel de excedentes económicos y no el modo de subsistencia el que ejerció de variable crítica. En el estudio ya mencionado con 258 sociedades nativas americanas, un 86 % de los grupos sin un excedente significativo tampoco mostraban desigualdades políticas, mientras que la misma proporción de aquellos que generaban excedentes moderados o cuantiosos habían desarrollado al menos cierto grado de jerarquía política. Entre 186 sociedades de todo el mundo que se han documentado con más detalle, lo cual se ha dado a conocer como Muestra Intercultural Estándar, cuatro de cada cinco comunidades de cazadores-recolectores carecían de líderes, mientras que tres cuartas partes de las sociedades agrícolas estaban organizadas como cacicazgos o estados.²⁸

Pero no todas las sociedades agrarias siguieron la misma trayectoria. Un nuevo estudio global indica que el cultivo de cereales tuvo un papel crucial en el desarrollo de jerarquías sociales más complejas. A diferencia de las raíces perennes, que siempre están disponibles pero se pudren con rapidez, las cosechas de cereales se recogen en masa solo en épocas concretas y son adecuadas para un almacenamiento a más largo plazo. Ambos rasgos permitían a las élites apropiarse de excedentes de comida con más facilidad. Los estados afloraron en aquellas regiones del mundo que desarrollaron la agricultura: una vez que domesticaron las plantas —sobre todo los cereales—, el resto de los seres humanos compartieron su destino más tarde o más temprano y la desigualdad alcanzó cotas antes inimaginables.²⁹

EL 1 % ORIGINAL

El acceso desigual a los ingresos y la riqueza precedió a la formación del Estado y contribuyó a su desarrollo. Sin embargo, una vez instauradas, las instituciones gubernamentales exacerbaban también las desigualdades existentes y crearon otras nuevas. Los estados premodernos generaron oportunidades inéditas para la acumulación y concentración de recursos materiales en manos de unos pocos, ya fuera proporcionando cierta protección a la actividad comercial o abriendo nuevas fuentes de beneficio personal para quienes estaban más estrechamente asociados al ejercicio del poder político. A largo plazo, la desigualdad política y material evolucionaron en tándem con lo que ha venido en llamarse «una espiral ascenden-

te de efectos interactivos, donde cada incremento de una variable tiene su homólogo en la otra más probable». Los estudiosos modernos han elaborado una gran variedad de definiciones que intentan captar las características por excelencia del Estado. Tomando prestados elementos de varias de ellas, podemos decir que el Estado es una organización política que reivindica su autoridad sobre un territorio, su población y sus recursos, y que cuenta con una serie de instituciones y personal que desempeñan funciones de gobierno dictando órdenes y normas vinculantes y las respaldan con la amenaza o el ejercicio de medidas coercitivas legitimadas, incluida la violencia física. No escasean las teorías que explican la aparición de los primeros estados. En cierto modo, todas las fuerzas motrices putativas se corroboran en el desarrollo económico y sus consecuencias sociales y demográficas: ganancias obtenidas por los bien posicionados gracias al control de las rutas comerciales, la necesidad de otorgar poder a los líderes para abordar los problemas derivados de las crecientes densidades de población y unas relaciones más complejas de producción e intercambio, conflictos de clases por el acceso a los medios de producción y las presiones de los conflictos militares motivados por la escasez de recursos, que favorecieron las jerarquías y las estructuras de mando centralizadas.³⁰

Desde la perspectiva del estudio de la desigualdad, tal vez no sea de especial relevancia cuál de esos factores era más importante: en la medida en que la formación de estados introdujo jerarquías pronunciadas y estables en sociedades con excedentes significativos, las desigualdades de poder, estatus y riqueza material estaban abocadas a aumentar. Aun así, un consenso cada vez mayor sostiene ahora que la violencia organizada fue crucial para este proceso. La influyente teoría de Robert Carneiro sobre la circunscripción afirma que la interacción entre el crecimiento de población y la guerra en condiciones de finitud territorial explica por qué, con anterioridad, las familias más autónomas e igualitarias, que dependían de escasos recursos alimentarios domesticados y eran incapaces de abandonar entornos estresantes, estaban dispuestas a someterse a líderes autoritarios y soportar la desigualdad para competir más eficazmente con otros grupos. Las teorías y modelos de simulación más recientes sobre la formación de estados también ponen de relieve la importancia crucial de los conflictos intergrupales. El papel esencial de la violencia también explica en gran medida los rasgos concretos de la mayoría de los estados premodernos, en especial los liderazgos despóticos y un interés a menudo abrumador en la guerra.³¹

No todos los primeros estados eran iguales, y los sistemas políticos

centralizados coexistían con variantes más «heterárquicas» o corporativas. Aun así, los estados autoritarios centralizados normalmente superaban a los rivales estructurados de otro modo. Aparecían de manera independiente por todo el mundo, allá donde lo permitieran los prerequisites ecológicos, tanto en el Viejo Mundo como en las Américas y una amplia variedad de entornos que van desde las planicies aluviales de Egipto y Mesopotamia hasta las tierras altas de los Andes. Desafiando esta considerable diversidad de contexto, las más conocidas devinieron entidades sorprendentemente similares. Todas ellas fueron testigo de la expansión de las jerarquías en distintos ámbitos, desde la esfera política hasta la familia y los sistemas de creencias religiosas, un proceso autocatalítico por medio del cual «la propia estructura jerárquica se retroalimenta con todos los factores sociales para convertirlos en un sistema general que apoya a la estructura de autoridad». Las presiones a favor de una mayor estratificación tuvieron un efecto enorme en los valores morales, ya que el residuo del igualitarismo ancestral fue sustituido por la creencia en los méritos de la desigualdad y la aceptación de la jerarquía como elemento integral del orden natural y cósmico.³²

En términos cuantitativos, los estados agrarios fueron extremadamente prósperos. Aunque esas cifras no son más que una conjetura controlada, podemos intuir que hace 3.500 años, cuando los gobiernos de nivel estatal no abarcaban más de un 1 % de la superficie terrestre (excluyendo la Antártida), ya ejercían derechos sobre la mitad de nuestra especie. Transitamos terreno más firme cuando calculamos que, a principios de la era común, los estados —mayoritariamente grandes imperios como Roma y la China Han— comprendían alrededor de una décima parte de la masa terrestre del planeta, pero entre dos tercios y tres cuartas partes de todas las personas que vivieron en aquella época. Por precarias que sean, estas cifras dejan entrever la ventaja competitiva de un tipo particular de Estado: estructuras imperiales extensas cuya unión mantienen unas poderosas élites extractivas. Una vez más, esa no fue la única consecuencia: podían aflorar ciudades-estado independientes en los intersticios de esos imperios, pero rara vez lograban contener a vecinos más numerosos, como sí hicieron los griegos en el siglo v a. e. c. Con mucha frecuencia eran absorbidas por entidades más grandes; en ocasiones construían imperios propios, como Roma, Venecia y la Triple Alianza de Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan, en México. Asimismo, los imperios a veces fracasaban, lo cual daba lugar a ecologías políticas más fragmentadas. La Europa medieval es un ejemplo especialmente extremo de este cambio.³³

Sin embargo, era más habitual que un imperio engendrara a otro cuando los nuevos regímenes conquistadores volvían a consolidar redes de poder anteriores. Muy a largo plazo, esto creaba un patrón de desarrollo y restablecimiento periódicos, desde los «ciclos dinásticos» cada vez más regulares de China hasta periodos más largos en el sureste de Asia, India, Oriente Próximo y el Levante, México central y la región andina. La estepa de Eurasia dio lugar a numerosos regímenes imperiales que se embarcaron en incursiones y conquistas predatorias, animados por las riquezas generadas por las sociedades sedentarias del sur. Los estados fueron creciendo con el tiempo. Antes del siglo VI a. e. c., los imperios más grandes de la Tierra abarcaban varios centenares de miles de kilómetros cuadrados. En los 1.700 años posteriores, sus sucesores más poderosos solían rebasar ese límite por un orden de magnitud, y en el siglo XIII, los dominios mogoles se extendían desde Europa central hasta el Pacífico. Y el territorio es solo un baremo: si tenemos en cuenta el aumento secular de la densidad de población, veremos que la expansión efectiva del dominio imperial fue aún más drástica. En mayor grado que hoy en día, nuestra especie se concentraba en la zona templada de Eurasia, así como en algunas regiones de Centroamérica y el noroeste de Sudamérica. Allí es donde prosperó el imperio: durante miles de años, gran parte de la humanidad vivió a la sombra de esos mastodontes y algunos se elevaban muy por encima de los simples mortales. Ese fue el entorno que creó lo que yo denomino el «1 % original», constituido por grupos de élite enfrentados pero a menudo estrechamente ligados que hicieron todo lo posible por adueñarse de los dividendos políticos y comerciales movilizadas por la creación de estados y la integración imperial.³⁴

La formación de estados premodernos separó a la pequeña clase gobernante de la masa de productores primarios. Aunque con frecuencia estaba estratificada internamente, esta élite trascendía y controlaba a las comunidades locales, que constituían los cimientos básicos del Estado. La famosa imagen de Ernest Gellner plasma esas estructuras con una claridad sin par (Fig. 1.1).³⁵

Algunos miembros de la clase gobernante, como los personajes insignes que habían ascendido a puestos estatales o similares, tenían su origen o incluso estaban enraizados en esas comunidades, mientras que otros, como los conquistadores extranjeros, podían guardar distancia suficiente como para formar lo que en la práctica era una sociedad aparte. El gobierno centralizado era muy limitado en comparación con los criterios modernos: los estados solían constituir poco más que lo que Patricia Crone calificaba

de «caparazones protectores» para la población general, intentando mantenerla fuera del alcance de desafíos internos y externos al régimen establecido. Pero los gobernantes y sus agentes también ofrecían protección en el sentido en que lo hacen los grupos mafiosos modernos, aprovechando los beneficios de su preponderancia en el uso de la violencia organizada. Con frecuencia ejercían un gran poder despótico, ya que las instituciones de la sociedad civil eran demasiado débiles para contrarrestar las acciones de la élite, incluyendo el ejercicio del poder sobre la vida y la muerte y la atribución de propiedades. Al mismo tiempo, muchos de esos estados carecían de poder infraestructural, esto es, de capacidad para penetrar en la sociedad e instaurar políticas de forma generalizada. La mayoría de las comunidades ejercían el autogobierno y eran controladas de forma laxa por una autoridad dominante relativamente pequeña y a menudo distante.

Los gobiernos eran semiprivados y recurrían a la incorporación y la cooperación de diversos titulares de poder político, militar, económico e

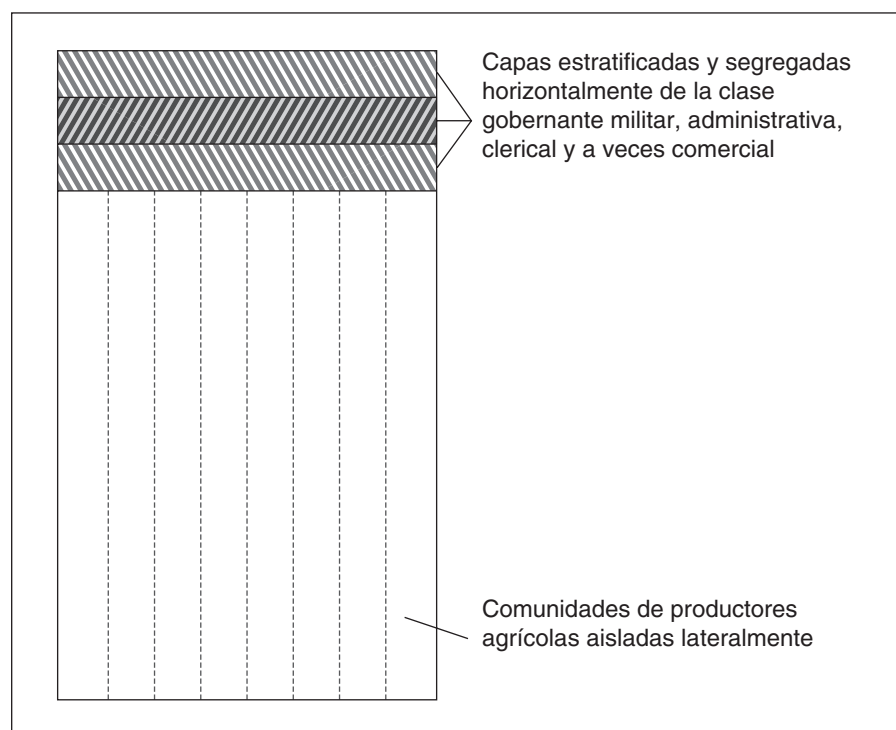


FIGURA 1.1. Forma general de la estructura social de las sociedades agrarias

ideológico para subordinar a la población y movilizar recursos para los mandatarios. Estos últimos solían utilizar una mezcla de recompensas y amenazas de violencia para preservar el equilibrio entre las élites enfrentadas, ya que el gobierno a menudo se dedicaba a gestionar conflictos entre los ricos y los poderosos. Los gobernadores, sus agentes y los grandes terratenientes, unas categorías que solían entremezclarse, estaban enfrentados por el control de los excedentes, que podían desviarse a través de impuestos estatales y alquileres privados. Mientras que la contratación de miembros de la élite establecida como funcionarios limitaba la autonomía de los gobernantes, recurrir a agentes subordinados de menor estatus generó una nueva élite de aspirantes ansiosos por desviar los ingresos del Estado y privatizar los beneficios de su cargo para unirse a los círculos de élite existentes. Los gobernantes aspiraban a convertir el poder y los privilegios en una función contingente y revocable del servicio al Estado, mientras que sus agentes buscaban beneficios privados para ellos y sus descendientes; a largo plazo, estos últimos resultaron más exitosos. La corrupción y otras formas de depredación eran habituales. Mientras los miembros de la clase gobernante competían por conseguir estatus y ventajas, el movimiento de personal entre los individuos podía ser elevado, pero el gobierno de la élite como tal solía ser estable siempre que consiguieran mantenerse las estructuras de Estado. Las clases altas se distinguían de los plebeyos por su estilo de vida y su visión del mundo, que con frecuencia eran marciales y definían a los líderes como los explotadores de los productores agrícolas inferiores. El consumo notorio era una manera importante de manifestar y reforzar las relaciones de poder.³⁶

Esas condiciones básicas condicionaban profundamente la distribución de ingresos y riquezas. Si lo reducimos a lo elemental, la historia solo ha conocido dos formas idóneas o típicas de adquisición de riquezas: crear y arrebatar. La llegada de la producción de excedentes, la domesticación y los derechos de propiedad hereditaria allanaron el terreno para la creación y conservación de las fortunas personales. A largo plazo, las adaptaciones institucionales que propiciaron este proceso, el progreso tecnológico y la creciente envergadura y alcance de la actividad económica elevaron el techo de la acumulación de riqueza individual o material, aumentando como mínimo el rango potencial de la dispersión de ingresos y activos productivos. En principio, el efecto acumulativo de las sacudidas aleatorias habría bastado para que algunas familias se enriquecieran más que otras: las diferencias en los rendimientos del capital, tales como tierras, ganado, edificios y recursos invertidos en préstamos y comercio,

lo habrían garantizado. Cuando cambiaba su suerte, otros ocupaban su lugar.

La que podría ser la primera prueba cuantificable de la creciente desigualdad de riqueza en los círculos de la subélite, que al parecer nació del desarrollo económico, procede de la antigua Mesopotamia hace varios miles de años. Una comparación de una muestra de porcentajes de herencia para los hijos en el periodo del primer imperio babilónico (en la primera mitad del segundo milenio a. e. c.) con las dotes para las hijas en la era neobabilónica (a finales del siglo VII y buena parte del siglo VI a. e. c., alrededor de mil años después) revela dos diferencias notables. Convertidas en pagos en trigo, estas últimas son más o menos el doble de las primeras. Puesto que ambos conjuntos de datos parecen hacer referencia al mismo estrato —residentes urbanos con propiedades, tal vez el decil más alto de la población de las ciudades—, esto apunta a una mayor afluencia general, sobre todo si tenemos en cuenta que cabría esperar que los hijos salieran favorecidos respecto de las hijas. Asimismo, los valores reales de las dotes están repartidos de forma mucho más desigual. Puesto que el periodo neobabilónico fue una época de desarrollo inusualmente dinámico, este contraste podría explicarse mejor por el efecto desequilibrante del crecimiento y la comercialización.³⁷

Pero puede que esto solo sea parte de la historia, no únicamente en este caso, sino en términos más generales. Es fácil entender cómo pudieron influir las características definitorias de la formación de estados anteriormente mencionadas en la actividad económica. La integración política no solo ayudó a expandir mercados y redujo al menos parte de los costes de transacción e información. Las omnipresentes asimetrías de poder que solían caracterizar a los gobiernos premodernos garantizaron un terreno de juego desigual para los actores económicos. Unos derechos de propiedad frágiles, un ejercicio de gobierno inadecuado, una aplicación arbitraria de la justicia, la venalidad de los agentes estatales y la importancia crucial de las relaciones personales y la proximidad con las fuentes de poder coercitivo fueron algunos de los factores que probablemente inclinaron los resultados a favor de las clases más altas y aquellos que estaban conectados a ellas. Esto debía de ser aún más cierto en el caso de varias formas de «apropiación» disponibles para los miembros de la clase gobernante y sus socios. La participación en los sistemas de gobierno abrió el acceso a ingresos resultantes de compensaciones formales, favores de gobernantes y otros superiores y el requerimiento de sobornos, desfalcos y extorsiones, y a menudo también protegía de impuestos y otras obligacio-

nes. Los altos mandos militares podían ser recompensados con parte del botín de guerra. Es más, el servicio directo al Estado ni siquiera era un prerequisite necesario. Los lazos familiares y matrimoniales y otras alianzas con cargos públicos podían generar beneficios proporcionales. Por añadidura, teniendo en cuenta el poder infraestructural a menudo bastante limitado del Estado, la riqueza personal y la influencia local hacían más fácil proteger los activos no solo de las exigencias del Estado o la comunidad, sino también de las de amigos y clientes a cambio de otros beneficios. Si era necesario, los cupos impositivos podían cubrirse imponiendo más cargas a los desposeídos.

En tales condiciones, el poder político había de ejercer una gran influencia en la distribución de recursos materiales. En sistemas políticos más pequeños y menos jerárquicos, como las tribus o los cacicazgos, el estatus de los líderes dependía en buena medida de su capacidad para compartir el botín con toda la comunidad y su voluntad de hacerlo. Las clases gobernantes de los estados e imperios agrícolas normalmente gozaban de más autonomía. Obviando alguna que otra muestra de generosidad muy publicitada, el flujo de la redistribución tendía a invertirse, lo cual enriquecía más a unos pocos a expensas de muchos. La capacidad colectiva de la élite para obtener excedentes de productores primarios determinaba la proporción de recursos totales que estaban disponibles para su apropiación, y el equilibrio de poder entre los gobernantes y varios grupos de élite decidía cómo se repartían esos beneficios en las arcas del Estado, las cuentas privadas de los agentes estatales y las fincas de la élite poseedora de tierras y riquezas comerciales.³⁸

Los mismos rasgos de los estados premodernos que canalizaban recursos hacia los poderosos también servían para controlar la concentración de ingresos y riquezas. La depredación, el desprecio por los derechos de propiedad privada y el ejercicio arbitrario de la autoridad no solo ayudaban a crear fortunas, sino que también podían destruirlas en un abrir y cerrar de ojos. Al igual que los cargos estatales, la proximidad con el poder y el favor de los gobernantes procuraban grandes riquezas a quienes estuvieran bien relacionados, las maquinaciones de los rivales y el deseo de los gobernantes de limitar la influencia de sus socios y absorber sus beneficios ilícitos también podían arrebatarles sus riquezas, cuando no sus vidas. Además de los caprichos de la demografía hereditaria que ayudan a explicar la supervivencia o dispersión de los patrimonios privados, la redistribución violenta limitaba el grado en que los recursos quedaban concentrados en los círculos de la élite.